

HISTORIA DE LOS AGUSTINOS RECOLETOS. VOL. II. EL SIGLO XIX*

Rafael LAZCANO, Cayetano SÁNCHEZ, OFM,
y Ángel MARTÍNEZ CUESTA

1. Enseñanzas de la historia

Después de la lectura atenta, reposada y reflexiva del segundo volumen de la *Historia de la Orden de Agustinos Recoletos*, formado por diez capítulos (del XIV al XXIII), la presentación del prior general, padre Miguel Miró y los índices (de ilustraciones, mapas, nombres, conceptos, y el general de la obra), he sacado algunas enseñanzas que intentaré compartir con todos vosotros en este solemne acto de presentación de la vida de los Agustinos recoletos durante el siglo XIX.

Primera enseñanza. El autor de la obra, el padre Ángel Martínez Cuesta, al que me une la amistad y la pasión por la historia agustiniana, sobradamente conocido por los agustinos recoletos, los historiadores de la Iglesia e investigadores de la historia, cuya fama y buen hacer no conocen límites, se ha formado un nombre desde el estudio, la investigación y la publicación de obras de elevado nivel cultural que tienen por objetivo el conocimiento y difusión de la historia y la tradición agustinorecoleta. Él ocupa la primera fila de la nueva generación de historiadores de la Recolección agustiniana en integrar las exigencias metodológicas para el tratamiento de las cuestiones relacionadas con el pasado histórico. Desde la consulta de una base documental extensa, sólida y de primera mano, fruto de años de trabajo en archivos y bibliotecas de Europa, Asia y América, vienen a la luz sus encomiables trabajos. El más reciente es el segundo volumen de *Historia de los Agustinos Recoletos*, con miles de datos, noticias y apreciaciones de índole histórica, y cultural y religiosa. La obra está asentada en las fuentes originales y orientada desde una metodología crítica, objetiva y rigurosa. Además se presenta bien trazado, con corrección de estilo y una insoslayable identidad agustinorecoleta. Esta nos parece la manera más apropiada de acercarse a la historia de la Recolección Agustiniana. La historia no puede ser considerada como

* Textos leídos en la presentación de la obra de Ángel Martínez Cuesta, *Historia de los Agustinos Recoletos. Vol. II. El siglo XIX*, Madrid, Ed. Augustinus, 2015, 1097 pp., en Madrid 5 de diciembre de 2015

un pasatiempo, pero tampoco como un lujo al que unos pocos tengan acceso. El conocimiento científico de la historia es una necesidad vital para el fortalecimiento de cualquier institución civil o religiosa. Quien desconoce sus raíces (carisma, historia y tradición) no puede alimentarse de ellas.

Segunda enseñanza. Desde hace varias décadas vienen publicándose con regularidad un número considerable de estudios que tienen que ver con la Recolección agustiniana. No todos los trabajos llevan el mismo sello de calidad intelectual, aunque en muchos de ellos se aprecia la estima y la consideración hacia la institución recoleta. La voluminosa masa de referencias bibliográficas que se ha ido generando en revistas y boletines, actas de congresos y monografías, libros y folletos –inmanejable para la mayoría de las personas–, requería una ordenación, sistematización y exposición, realizada con método, rigor y objetividad. De este modo los datos disponibles, completados con nuevas investigaciones, y situados en su contexto y circunstancias, han puesto de manifiesto múltiples facetas de la historia de la familia agustino-recoleta. Este ejercicio intelectual, realizado con humildad, honestidad y valentía por el padre Ángel, conduce no solamente a la narración de hechos y acontecimientos para el conocimiento del pasado, sino a tomar el pulso de la vida religiosa y al quehacer apostólico, misional y docente, que ha conducido a forjar la identidad agustinorecoleta en el transcurso de los siglos. En esta perspectiva encuentro situada la obra del doctor Martínez Cuesta, *Historia de los Agustinos Recoletos*, proyectada en tres gruesos volúmenes de investigación histórica, cuyo título es de referencia obligada para la orden de agustinos recoletos. En cada uno de los capítulos de la obra se encuentra un constante reclamo a poner en valor al carisma original de la Recolección (vida común, vigor espiritual y temple apostólico), atalaya desde la cual el autor pesa y mide, discierne y valora las diferentes épocas históricas a la luz de las actuaciones, decisiones y vivencias religiosas. Muchos serían los textos que aquí podrían aducirse para reforzar cada una de las afirmaciones anteriores, pero no es el momento para ello, y sí para instar a la lectura reposada de la sabia y maestra obra del padre Ángel.

Tercera enseñanza. La Recolección agustiniana a lo largo del siglo XIX ha vivido circunstancias adversas a su quehacer pastoral, espiritual y carismático allí donde estaba presente: España, Colombia y Filipinas. Los conflictos bélicos –Guerra de la Independencia (1808-1814) en España guerra de la Independencia en Colombia (1810-1819)–, las leyes anticlericales, en este caso, legislación desamortizadora (= liberación de bienes amortizados, esto es, de bienes sujetos a un estatuto determinado que impedía su libre circulación o compraventa), de Mendizábal (1835), en España, y del general Mosquera, en Colombia (1861) y la Revolución filipina (1896-1898), afectaron de forma decisiva a la trayectoria de la Recolección agustiniana. Nunca podemos olvidarnos de que los nuevos

tiempos exigen siempre a la vida religiosa nuevas actitudes y sensibilidad no usadas hasta entonces, para acoger aquellos otros valores que van surgiendo tras la filtración de palabras («libertad, igualdad, utilidad, racionalización»), ideas, costumbres y actitudes, que iban gestándose lentamente en la sociedad. Aunque eran tiempos para el estudio, la reflexión y el discernimiento, no ocurrió así. La vida religiosa, apostólica e intelectual se vio fuertemente condicionada por las circunstancias epocales, conduciendo a la Recolectión agustiniana hasta el mismo borde de la ruina tanto en España como en Colombia, en sus misiones casanareñas. La prosa conservadora del Antiguo Régimen (fidelidad a las instituciones antiguas y a la monarquía) y la visión tradicional de la vida religiosa en su discreta mediocridad (rutina, apatía, anemia espiritual y marginación de la vida común), tropezaron con la llegada al poder de los liberales, plasmando sus ideas en leyes y decretos contrarios a la vida religiosa. La nueva legislación anticlerical y desamortizadora supuso la pérdida de los conventos, la imposibilidad de la vida comunitaria y la exclaustración/secularización de los religiosos. De la última ocupación de los conventos, las propiedades y destino de los bienes de interés cultural y artístico, da cuenta el padre Ángel con gran precisión y brevedad, a modo de marcha fúnebre. Solo quedará en pie en la Recolectión agustiniana la floreciente provincia de Filipinas –en España el convento de Monteagudo, colegio-seminario de la misión de Asia–, caracterizada dicha provincia por una intensa labor apostólica y espiritualidad misionera, en menoscabo de otros aspectos carismáticos de la Recolectión, como la oración y la vida común.

Cuarta enseñanza. La supervivencia de la Recolectión agustiniana, tras las consecuencias de las desamortizaciones de Mendizábal en España y de Mosquera en Colombia, se debió a las misiones de Filipinas. La Recolectión quedó reducida a una sola provincia, la de Filipinas, con el fundado temor de ser unida a los agustinos calzados o a los descalzos italianos. En un principio debido a la difusa hostilidad con las congregaciones romanas, y en la última parte del siglo XIX a raíz de la política unionista de León XIII. Ahora bien, si hasta 1835 en España había prevalecido una comunidad religiosa de tipo conventual, caracterizada por los rasgos de fraternidad, sencillez, oración, silencio y retiro, donde los frailes ayunan la mitad del año, visten alpargatas o sandalias, se disciplinan tres veces por semana y la actividad pastoral era tenida como un apéndice de la comunidad, con «la filipinización de la Recolectión» se pasó más bien a un modelo de casa apostólica y misionera, según el cual los religiosos ejercen el ministerio como clérigos desvinculados de sus hermanos, sin relación con los superiores, y descuido de las normas constitucionales, tales como el ayuno, la oración mental, la marginación de la disciplina, el ayuno y la confesión frecuente. La nueva andadura de la Recolectión, de tinte individualista, basada en la autonomía, el peculio, y la actividad

misionera o de pastoral parroquial, sin el respaldo de una recia espiritualidad comunitaria, fue introducida por docenas de religiosos llegados a América del Sur en los primeros compases del siglo xx, situación que se prolongará durante varios decenios en las misiones de Brasil y Venezuela. No pocos religiosos se identifican más con su misión o con su parroquia, donde venían la realización personal y el horizonte de su vida, que con la Recolección agustiniana. Con todo, la labor pastoral fue ganando terreno en la identidad de la Recolección hasta su proclamación solemne en el capítulo celebrado en 1908.

Quinta enseñanza. La historia de los agustinos recoletos durante el siglo xix está marcada, en su mayor parte, por la soledad de los claustros, la desaparición de los bienes muebles e inmuebles y la cesación de la identidad recoleta. Tres tes tripulan la mayor parte de la historia agustiniana del siglo xix. Es una historia tormentosa, trágica y triste. Con acertado equilibrio describe el padre Ángel la historia desgarradora del fracaso de los actores, esto es, de los frailes recoletos envueltos en una crisis institucional y disciplinar de gran calado, donde no escasean lacerantes turbulencias sociopolíticas, además de la falta de voluntad, de acción compartida e incluso liderazgo de los superiores. El empeño sostenido de unos pocos religiosos produjo excelentes frutos pastorales en las misiones del vicariato de Casanare tras la restauración recoleta en Colombia, reavivados una y otra después de las intermitentes guerras y revoluciones de final siglo. Por entonces la Recolección agustiniana era frágil: el problema de las vocaciones estaba sin abordar en profundidad, la precaria economía incidía negativamente en la formación académica de los jóvenes aspirantes a la vida religiosa, los valores esenciales de la vida recoleta (vida común, recogimiento, oración, ayuno y pobreza) no aparecen entrelazados con la estructura peculiar de la actividad apostólica y misionera, rasgo novedoso en la Recolección que una vez aceptado oficialmente modificará el carisma y espiritualidad del agustino recoleta. El núcleo de la vida religiosa recoleta estaba puesto en el servicio apostólico y la administración de pueblos, sobre ellos giraba la escasa formación humanística y filosófico-teológica recibidas por los jóvenes candidatos, olvidándose de inculcar en la fase de formación la primitiva espiritualidad de san Agustín y el momento fundacional de la Recolección.

Coda final. Estas cinco lecciones se desprenden, a mi modo de ver, de aquellos tiempos decimonónicos, con momentos prósperos y épocas dificultosas, e incluso hasta decadentes, ahora conocidos en su contexto social, político y eclesial con detalle, claridad y precisión en las páginas del segundo volumen de la *Historia de los Agustinos Recoletos*. ¡Enhorabuena, padre Ángel!

Rafael LAZCANO
Madrid

2. Presencia recoleta en Filipinas

Quiero, en primer lugar, agradecer al padre Ángel Martínez Cuesta que haya tenido la amabilidad de invitarme a participar en la presentación de su obra *Historia de los Agustinos Recoletos*. Vol. II: *Del siglo XIX*, Madrid 2015.

Se trata de una obra voluminosa. Consta de 1097 páginas, presentadas de forma atractiva en cuanto a los tipos de letra, las numerosas ilustraciones y cuadros estadísticos, que prueban la tenacidad del autor en el estudio de los mínimos detalles de la historia de los agustinos recoletos.

A primera vista, lo voluminoso de la obra no parece constituir una invitación a hacer una lectura de corrida de la misma, sino más bien otra más pausada, como suele hacerse con una obra de consulta. Pero es solo una primera impresión que dura pocos minutos, pues una vez que el lector se adentra en la lectura de la obra, esta aparece como un abanico que se va desplegando lentamente y nos permite contemplar hasta los últimos entresijos la historia de la orden. Como es lógico, yo he leído con grandísimo interés la parte que corresponde a la provincia de Filipinas en el atormentado siglo XIX hispano-filipino.

Tras una introducción amplísima sobre los los más importantes acontecimientos vividos en España en el siglo XIX, que nos ayuda a contextualizar la investigación, se nos van desplegando numerosos aspectos de la vida de la provincia, desmenuzándolos paulatinamente hasta llegar a los trágicos años de la revolución filipina. En el capítulo XIX de la obra nos han llamado poderosamente la atención, entre otros asuntos, el extenso tratamiento que se dedica al tema de la formación en la provincia. No se estudia sólo la historia de los centros de formación –colegios de Alfaro, Monteagudo, Marcilla y San Millán de la Cogolla–. Se desciende a los programas de formación y la personalidad de los formadores, el resultado de la formación que recibían los candidatos a la evangelización de Filipinas, la aportación numérica... No es un estudio superficial, sino profundo y crítico. El padre Ángel confiesa abiertamente, por ejemplo, que «los misioneros filipinos del siglo XIX recibían una instrucción insuficiente en las letras humanas y en las eclesiásticas» (p. 565), pero, al mismo tiempo, expone la complejidad del problema y el tesón que muchos religiosos pusieron en su solución.

Se adentra también en el estudio del «Gobierno de la Provincia», que tenía que enfrentarse con numerosos problemas internos y externos. El padre Ángel constata que «Las actas de los capítulos delatan cansancio y monotonía. Exhortan a la vida común y a la oración en los conventos, hablan de pobreza, descalcez, fidelidad al modo de administrar propio de la orden, pero falta tensión religiosa, creatividad e ilusión» (p. 597).

Dedica un apartado al estudio de la economía, en el que incluye el de las haciendas, un asunto que fue especialmente polémico en Filipinas a finales del siglo XIX por haber sido utilizado por los ilustrados filipinos como banderín de su denuncia contra la riqueza en parte real, pero estudiosamente exagerada, de las órdenes religiosas para desprestigiar a estas ante la opinión pública.

El capítulo XX está dedicado al estudio del campo apostólico: Palawan, Romblón, Bohol, Cebú y Camotes, Siquijor, Mindoro, Islas Marianas, Bataán, Zambales y Batangas, isla de Negros, Mindanao, archidiócesis de Manila. Un campo extensísimo, que incluye algunos de los territorios misionales más difíciles entonces de Filipinas. Ninguna orden religiosa española de Filipinas llegó a abarcar un campo tan amplio y heterogéneo como el que abarcaron los agustinos recoletos. Aunque entre los recoletos, al igual que ocurría con el clero en general, tanto secular como regular, existían numerosas flaquezas, abundaron más los religiosos «entregados a su misión, en pugna con la naturaleza, la soledad y la pobreza» (p. 918). Fruto del esfuerzo de todos fue el alumbramiento del único país católico en su mayoría en Asia y uno de los más religiosos del mundo.

En el capítulo XXII, titulado «Párrocos y religiosos», el padre Ángel expone con gran lucidez la complejidad de la labor llevada a cabo por los recoletos, quienes, al igual que el resto de los misioneros de otras órdenes, «la escasez de sacerdotes, dirigentes y empleados públicos, la pobreza, inseguridad y dispersión de la población y otras circunstancias les obligaban a complementar sus funciones espirituales y pastorales con tareas más bien seculares» (p. 889), en detrimento, muchas veces, del cultivo de su propia vocación religiosa y sacerdotal. No cabe la menor duda de que el misionero español en las Filipinas del XIX se convirtió, en buena medida, en funcionario del Estado y voluntario social.

La revolución filipina (1896-1898), cap. XXIII, constituye, en cierta medida, el colofón y a la vez el capítulo más doloroso de las órdenes religiosas en Filipinas. De nuevo, el autor expone amplia y lúcidamente el origen y evolución de la revolución filipina y su impacto en la orden recoleta, incluyendo el capítulo más doloroso: la muerte violenta de 34 recoletos a manos de los insurrectos o mientras huían de estos. Al narrar las torturas a las que fueron sometidos, antes de ser ejecutados algunos de ellos, el autor podría haberse dejado llevar fácilmente por la cercanía afectiva a sus hermanos para descalificar a sus torturadores. Nada de eso. Los hechos se relatan con una serena objetividad, dejando que otros historiadores, quizás más objetivos, juzguen a los responsables de crímenes horrendos.

Finalizo haciendo una valoración global de la obra. Nos encontramos ante un estudio modélico de la historia de una orden religiosa en Filipinas, tanto por la extensión como por la maestría con la que ha sido llevada a cabo por el autor. Ninguna orden religiosa de las que trabajaban en el siglo XIX en Filipinas puede

alardear de haber dado a luz algo parecido. Mi más sincera enhorabuena al padre Ángel Martínez y a la orden recoleta por habernos regalado esta bella obra, de la que invito a los presentes a disfrutar leyéndola. En cierta medida, no ha escrito solo la historia de los recoletos sino también la de las demás órdenes de Filipinas. A partir de ahora, los historiadores podrán contar con una obra más de consulta obligada: la *Historia de los Agustinos Recoletos de Filipinas* del padre Ángel Martínez Cuesta. Muchas gracias, padre Ángel, en nombre, si me es permitido, de todas las órdenes que trabajaban en Filipinas en el siglo XIX.

Cayetano SÁNCHEZ, OFM
Madrid

3. Autopresentación

Agradezco a don Antonio Linage, a don Rafael Lazcano y al padre Cayetano Sánchez su presencia en este acto, que veo como una prueba más de la amistad con que me distinguen. Les agradezco también la paciencia y benevolencia con que han mirado este volumen, que por su mole –mil páginas– infunde miedo y puede empañar su calidad y predisponer al lector a una cierta severidad. «Lo bueno, si breve, dos veces bueno», observaba Baltasar Gracián en su celebrado *Oráculo manual y arte de prudencia*. Podría disculparme diciendo que, consciente de mis limitaciones, no aspiraba a escribir una obra de calidad. Pero enseguida me percaté de haber olvidado también su segunda recomendación: «Y aun lo malo, si poco, no tan malo». El fruto lo tenéis a la vista: un librote gordo y malo.

a) *Fines, criterios y medios*

Todo autor, al emprender una obra, se propone determinados fines y recurre a los medios y criterios que cree más oportunos para conseguirlos. Esos fines y esos criterios determinan no solo la orientación de la obra, sino también su estructura, la elección y distribución de la materia, el relieve concedido a unos u otros temas, el punto desde el que se los observa y la intención con que se los mira.

Si el libro trata de un tema histórico, como es mi caso, su libertad queda cercenada por la realidad que aspira, primero, a comprender y, luego, a describir. Un segundo límite lo encuentra en la documentación disponible, cuyo origen, finali-

dad y precisión debe examinar con cuidado, porque, como de ordinario termina por imponer su ley, puede extraviarlo, induciéndolo a reconstrucciones falsas o, al menos, sesgadas e incompletas. Otras veces la documentación es escasa y deja insatisfecho al historiador, consciente de no haber llegado a la entraña de la cuestión, de que se le escapan datos esenciales, ya de orden material por una insuficiente atención al medio geográfico y económico del acontecimiento; ya de orden espiritual, por una percepción inadecuada de sus condicionamientos sociales y culturales; ya, también, por la dificultad de sintonizar con la sensibilidad cultural, espiritual y religiosa de sus protagonistas. Todo esto lo sabemos bien quienes nos movemos en una disciplina que día tras día nos pone en contacto con el misterio de la admirable interacción de la individualidad y libertad de la persona con el medio material y la sociedad de que forma parte.

En cuanto a los fines creo poder afirmar que han sido los propios de la razón histórica. Siempre he intentado actuar como observador imparcial de una realidad que me interesaba comprender en cuanto persona y en cuanto miembro de una comunidad con la que comparto sentimientos humanos, ideales espirituales y aspiraciones religiosas. Esa actitud exigía, por una parte, situar los hechos en el tiempo y en el espacio, y, por otra, acercarme a las personas con respeto y sin prejuicios, *sine ira et studio* que diría Tácito.

Soy consciente, sin embargo, de que en esta operación se infiltra siempre, de modo más o menos consciente, el subjetivismo; en mi caso, mis ideas sobre el carisma o la fuerza original que dio origen a la Recolección agustiniana. En mi ánimo surgía siempre la tendencia a mirar los acontecimientos y las personas con los ojos de los padres de la Recolección, y si esa tentación no aparece explícitamente con más frecuencia es porque me he esforzado en reprimirla. Creo que el espíritu de los fundadores es un balcón adecuado para observar la historia de cualquier grupo religioso, pero también creo que ningún balcón, por excelente que sea la posición que ocupe, es capaz de abarcar la amplitud que todo hecho humano conlleva.

En cuanto a los medios puedo decir, sin falsa modestia, que he intentado echar mano de cuantos, tras madura reflexión, me han parecido útiles. En este aspecto siento el deber de hacer constar que he encontrado siempre en los superiores la máxima colaboración y toda clase de facilidades.

En cuanto a los obstáculos, he tropezado en todos los aludidos. Sabía que no debía contentarme con la simple descripción de los hechos, que era preciso indagar sobre el modo en que se verificaron; que había que dar con las intenciones de sus actores y los medios de que echaron mano para realizarlas. De otro modo, el cuadro diseñado quedaría desvaído y no haría justicia a sus protagonistas. Pero durante la elaboración del libro quizá no siempre he prestado suficiente atención a exigencia tan básica.

La documentación disponible ha sido, a veces, escasa. Por poner un ejemplo, habría querido penetrar a fondo en el entramado vital de los seminarios de la época. He podido, es cierto, llegar a conocer los nombres de maestros y profesores, el número de novicios, las normas que regulaban su formación, y, en el último tercio del siglo, también el plan de estudios, algunas pláticas de los formadores y dos manuales sobre la formación de los novicios. Uno es de principios del siglo, de los años 20, y el otro, de finales, de los años ochenta. Estos manuales permiten asomarnos a los valores humanos y espirituales que guiaban a aquellos formadores y conocer las actitudes y actos que más apreciaban. Pero se mueven demasiado en el reino de los principios, sin apenas descender al terreno de la vida cotidiana. La información sobre la preparación, calidad humana y orientación espiritual de los maestros, así como sobre su metodología y la aplicación de las normas también es deficiente.

b) *Escasez de testimonios existenciales*

En general, la historia recoleta de esta centuria se resiente de falta de testimonios existenciales, que nos pongan en comunicación directa con el ánimo de los frailes. El diario de Santiago Matute y las autobiografías de Pedro Fabo y Pedro Maculet reflejan la vida de fines del siglo XIX y XX, y, por tanto, no suplen esa deficiencia. En cambio, la correspondencia es abundante y cubre todo el siglo. Pero también tiene sus límites, ya que casi toda ella procede de provinciales, comisarios, procuradores y otros religiosos constituidos en autoridad. Solo a finales del siglo comienzan a abundar las cartas de frailes de a pie.

De los misioneros queda alguna mayor constancia en los libros de Cosas Notables. Debían existir en todas las parroquias, pero hasta finales de siglo hubo bastante descuido en su conducción. Resultan preciosos, diría que imprescindibles, para conocer no solo la historia de las parroquias y de los misioneros, sino también la vida municipal del archipiélago. Ya me tocó experimentarlo cuando en los lejanos años sesenta del siglo pasado me tocó escribir la historia de la Isla de Negros. Ahora he podido comprobarlo en Bohol, Mindoro, Romblón, Zambales e incluso en las Islas Marianas. Los apuntes que en los de Agaña dejaron Aniceto Ibáñez y Francisco Resano, a pesar de haber llegado hasta nosotros incompletos, son imprescindibles para conocer aquella remota porción del mundo colonial español. También resulta muy útil *El modo de administrar*, un libro que, con sus sucesivas acomodaciones, guió la obra misionera de los recoletos filipinos desde principios del siglo XVII hasta finales del XIX.

c) Algunos puntos significativos

Particular empeño he puesto en comprender la vivencia religiosa de aquellos religiosos, que pasaban toda su vida solos, en parajes aislados, sin la compañía, no ya de un fraile, pero ni siquiera de un europeo. Viajaban a Filipinas con 22, 23 ó 24 años, y apenas comenzaban a familiarizarse con los dialectos y la pastoral parroquial, eran destinados a lugares casi siempre remotos y a menudo inhóspitos, donde la mayoría permanecería hasta el fin de sus días. Recuérdese que los recoletos ocuparon los lugares más remotos y más desasistidos del archipiélago: Palawan, Mindanao, Marianas, etc. Todavía a mediados de siglo había frailes que no podían confesarse en meses o incluso en años. Solo en la segunda mitad del siglo XIX se fueron acercando a regiones más desarrolladas y más céntricas.

Por esos mismos años pudieron multiplicar los encuentros gracias al aumento de las parroquias y a la mejora de las comunicaciones. Las confesiones cuaresmales, las fiestas patronales de los pueblos, los cumpleaños de los frailes, la toma de posesión de los nuevos curas eran ocasiones de reuniones, de descanso de las fatigas del ministerio, de esparcimiento psíquico e incluso de consuelo espiritual. Los provinciales rara vez se dispensaron de la obligación de visitarlos una vez cada tres años. Los únicos que no vieron nunca a un provincial fueron los ministros de Marianas. En Palawan también había parajes que solo muy de tarde en tarde recibían la visita del provincial.

En esas condiciones es comprensible que su identidad religiosa y comunitaria se resquebrajara y cediera el paso a una identidad de tipo individualista y sacerdotal. En la vida de cada día las necesidades e intereses de la parroquia primaban sobre los de la comunidad. Con frecuencia la pertenencia al grupo quedaba como adormilada en el fondo de la conciencia y solo despertaba cuando algún acontecimiento especial, la enfermedad u cualquier otra emergencia los hacía levantar los ojos por encima del pequeño horizonte en que vivían encerrados.

Con todo, siempre hubo misioneros que conservaron intacta la estima de su vocación religiosa y acertaron a conjugar armónicamente sus exigencias con las de la vida ministerial. Lejos de considerarlas incompatibles, las vieron como dos dimensiones de una misma realidad, que, caminando entrelazadas, se nutrían y se daban calor mutuamente. Uno de ellos fue san Ezequiel Moreno, el recoleto más representativo de este siglo. «Su vida muestra con el descaro propio de los hechos concretos la posibilidad de unir el apostolado y la vida común, la ascesis y el amor a las almas, el retiro del mundo y la presencia salvadora en él. Muestra que es pura demagogia el intento de ver en esos elementos dos po-

los antitéticos de la vida religiosa. Ni siquiera son polos autónomos». Son, más bien, «polos interdependientes, que reciben aliento y calor de un único núcleo o ecuador, que es el amor de Dios».

Esas ideas encontraron encarnación parcial en la restauración de la provincia de La Candelaria entre 1888 y 1911. Fue dirigida por el gobierno de la congregación y llevada a cabo por la provincia de San Nicolás que contribuyó a la empresa con 65 religiosos.

Esa colaboración ya es un aspecto digno de consideración. Otro es el esmero con que fue preparada. Nada se dejó al azar. Antes de comprometerse formalmente en la restauración, el comisario apostólico de la congregación envió a Colombia al padre Enrique Pérez, un joven brillante y prometedor, para que se informara detenidamente sobre la situación del país, así como sobre los religiosos supervivientes y sus relaciones mutuas. Enrique se entrevistó con todos ellos, recogió abundantes notas sobre sus ocupaciones, su actitud religiosa y su voluntad de reincorporarse a la comunidad, sobre el estado de las dos casas que habían logrado salvar, así como sobre la historia de la provincia y el estado de la nación. Y con ellas redactó un memorial. Solo entonces el padre Gabino procedió a escoger el personal que habría de dirigir la empresa. Habrían de ser religiosos bien dispuestos, con experiencia y amantes de las tradiciones espirituales de la orden. Para facilitar sus primeros pasos les consiguió recomendaciones del cardenal Rampolla y de otros personajes encumbrados para las autoridades civiles y eclesiásticas del país, sin excluir a su presidente efectivo, al delegado apostólico y al arzobispo de la ciudad; encomendó su obra a las oraciones de las monjas recoletas y les encargó le tuvieran al tanto de la marcha de sus trabajos.

No hay noticia sobre la entrega de instrucciones especiales a los restauradores, pero su amor a las tradiciones recoletas, el carácter del personal elegido y el modo de obrar de este apenas pisó tierra colombiana permiten suponer que no dejaría de exhortarlos a asentar su obra sobre sólidas bases religiosas. De hecho estos trataron de vaciar su vida sobre el troquel constitucional, urgiendo incluso normas en desuso desde hacía decenios: silencio, hora y media de oración mental al día, disciplina trisemanal, ayunos frecuentes, uso de alpargatas, etc.

Ezequiel puso particular empeño en instaurar la vida común. Con toda seguridad desconocía el pensamiento de san Agustín sobre la vida común, ya que ni él fue un estudioso del santo ni el ambiente en que se formó le ayudó a suplir esa deficiencia. Pero a través de la regla, que conocía a la perfección, aprendió a estimarla y la experiencia de los curatos filipinos, al poner ante sus ojos los peligros de la soledad, dio soporte a sus convicciones. No se contentó con implantarla en los conventos de Bogotá y El Desierto, sino que la urgió incluso en las misiones de Casanare. Ningún religioso viviría solo, lejos de la compañía de sus hermanos y desligado de sus superiores. En cada ministerio

habría tres o cuatro religiosos, con oración, recreación y administración común, sin peculio y sujetos a las observancias compatibles con el apostolado. Este, ya queda dicho, formaba parte de su vida. No era, sin embargo, partidario de las parroquias. Creía que con frecuencia debilitaban los vínculos de los religiosos con la comunidad. Prefirió siempre las misiones vivas y las residencias.

Otro punto, al que he dedicado particular atención sin, por ello, cosechar el fruto esperado, ha sido la suerte de los conventos desamortizados en 1835 y, sobre todo, la de sus moradores. Conocida es la imagen de desvalimiento que han dejado en la literatura española. En un retrato de 1844, Antonio Gil de Zárate confiesa que no acertaba a darles rostro y los considera como «epílogo y cifra de las miserias humanas», seres humanos a quienes «la suerte [...] ha condenado a sufrir todas las calamidades que puede lanzar sobre la frente de un hombre la mano airada de las revoluciones». Con todo, he podido cuantificar su número, identificar las regiones por las que se dispersaron, las funciones que desempeñaron, las relaciones que mantuvieron entre sí y con la orden... De algunos he logrado recomponer algunas etapas de su vida y señalar la fecha de su muerte. Todo insuficiente, simples pistas para quien quiera darles un perfil más nítido. La labor requiere paciencia, pero se puede afrontar con garantías de éxito. Documentación no falta y cada día es más accesible. Sería como una reparación por las pruebas que tuvieron que soportar y un reconocimiento del amor que no pocos de ellos conservaron siempre al hábito del que un día fueron violentamente despojados.

También mi limitada familiaridad con el medio geográfico, en particular con el de Filipinas y Colombia, ha entorpecido mi trabajo. He podido visitar ambas naciones varias veces y me he movido por buena parte de su geografía. Incluso he podido darme cuenta de que era un marco sumamente hostil por el clima, la insalubridad, las distancias y la incomunicación. En Filipinas hay que añadir las correrías de los piratas, que hasta mediados del siglo mantuvieron a muchos ministerios en jaque continuo.

También habrían merecido una mayor atención las relaciones de los religiosos con los gobernantes y, sobre todo, el modo como integraron su incuestionable fidelidad a los intereses de la patria con los de la misión. En su tiempo ambas fidelidades caminaban de la mano, tanto en países de tradición católica como España y Francia, como en los de tradición protestante, como Inglaterra y Holanda. No había sonado todavía en la Iglesia la voz de alarma de Benedicto XIV en su carta apostólica *Maximum illud* de 1764, en la que calificó al nacionalismo de los misioneros de *teterrima pestis*. Eran españoles, difundían la cultura española y defendían sus intereses. Con el gobierno de Madrid las relaciones fueron fáciles, por más que no faltaran desencuentros. Más problemática fue su

relación con algunos gobernadores generales y, sobre todo, con las autoridades regionales y locales.

Hay otros puntos en que convendría fijar la atención. Pero la cortesía y un mínimo de atención a las recomendaciones de nuestro insigne preceptista del Siglo de Oro me imponen poner aquí punto final a esta reflexión.

Ángel MARTÍNEZ CUESTA, OAR
Roma